

MIERCOLES II DE PASCUA

Juan 3, 16-21

Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Unigénito de Dios. Este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que obra la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios.

Hoy, encontramos un pasaje que resume la esencia misma de nuestra fe cristiana. Contiene en sí mismo la profundidad del amor de Dios y la llamada a la transformación que este amor nos ofrece.

Comenzamos con estas palabras inmortales: *"Porque tanto amó Dios al mundo..."* Aquí, en estas pocas palabras, encontramos el corazón mismo del Evangelio. El amor de Dios por la humanidad es incomparable, incomprensible en su magnitud. Es un amor que va más allá de toda medida humana, un amor que nos sostiene, nos redime y nos restaura.

Continuamos leyendo: *"...que entregó a su Hijo unigénito..."* Este es el acto supremo de amor: Dios entregando a su propio Hijo, Jesucristo, como sacrificio por nuestros pecados. En la cruz, vemos la manifestación más profunda del amor divino. Jesús dio su vida para que pudiéramos tener vida en abundancia. En este acto de amor sacrificial, encontramos nuestra esperanza y nuestra salvación.

Sin embargo, la historia no termina en la cruz. La luz de Cristo ha venido al mundo, pero algunos prefieren permanecer en la oscuridad, alejados de la verdad y la gracia que se nos ofrece. Otros, en cambio, se acercan a la luz, abrazando la vida transformadora que viene de Cristo. Cada uno de nosotros se enfrenta con una elección crucial: ¿acepto este amor redentor, o lo rechazo? No hay opción intermedia.

Mira qué dice el Señor: *"Pues todo el que obra el mal detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que obra la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios."* ¿Mis obras reflejan de verdad esa luz que llevo dentro, o mis obras reflejan la oscuridad que llevo dentro? ¿Qué cambios en mi vida me pide hoy el Señor? ¿Qué excusas pongo cuando mis obras dicen que no soy luz?

Que hoy nos abramos de verdad a Dios, que sepamos pedir humildemente perdón, que permitamos que su amor transforme nuestras vidas desde adentro hacia afuera, que nos sane de nuestra soberbia, de nuestro orgullo, de nuestros pecados. Pidamos a la Virgen que seamos portadores de la luz de Cristo en un mundo que tanto necesita de esperanza y de redención. Que vivamos cada día en la certeza del amor de Dios que nos sostiene, nos perdona y nos guía.